
JULIO MOLINA MÜLLER

Naturaleza americana y estilo en Gabriela Mistral

I. VISION DEL MUNDO AMERICANO

A través de la historia de las sensaciones, de las emociones, de los pensamientos o de las acciones humanas la visión del mundo ha ido tomando caracteres diversos, pero, en todo caso, siempre ha revestido en su expresión el intuir y conceptuar un conjunto, una determinada manera de ser o un ser ordenado en forma también determinada. No en vano palabra de aspecto tan accesorio como la de cosmética procede de cosmos, es decir, de adorno. Pero, ¿de qué adorno? Pues no menos que de los que se nos aparecen cuando Dios, el Universo y sus relaciones son susceptibles de modos y ordenaciones del ser, como queda ya dicho.

Por allí venimos a ver que el denominado "mundo natural" es ya una idea para el saber del filósofo o del científico, y este mundo, observable y experimentable es antropocéntrico. Es decir, vale en esos aspectos, precisamente porque existe el hombre y porque éste es capaz de razonar. Así también, como quiere Alberto Zum Felde, en el orden de la cultura, el movimiento no se produce de fuera hacia la intimidad del conjunto que se considere (por ejemplo, nuestra propia cultura americana), sino que va, a la inversa, desde dentro hacia afuera, como en la generación biológica, en cuya misma médula más recóndita está nada menos que el ente mismo espiritual.

De allí que, tantas veces como nosotros tratemos de encontrar nuestras raíces, si procedemos con rigor genético, tendremos que seguir esta ley, y en las diversas condiciones que han operado en América, desde las invasiones mesolíticas hasta su poblamiento por europeos, iremos encontrando formas no

iguales en su exterioridad, pero que en lo profundo proceden de esos distintos orígenes, separados por milenios en el tiempo y por signos de procedencia ora asiáticos y polinésicos en un caso, ora europeos en el otro, vale decir, dando virtualmente la vuelta completa a la Tierra, que es una solamente para nuestra trajinada especie.

Se ha dicho que en la naturaleza no hay nada que sea extremo de la más acabada realidad. No hay, por ello, que encadenar el pensamiento colocándolo en el extremo de esta Naturaleza, como algo universal y necesario, sin antes pensar que ya la Naturaleza es un orden previamente conseguido dentro del caos inicial. Este caos pudiera darse tanto en lo visible, cuanto en lo invisible, más allá de "este mundo" o muy dentro de nuestra propia mismidad. El arte, incluso la poesía en él, siendo algo tan concreto cuanto que no hay en el desarrollo de la cultura humana nada que tenga menos dificultades de comprensión ni valor más cercano a lo documental dentro de los productos culturales, hasta ser hoy considerado un símbolo superador de las vanas distinciones entre la antropología cultural y la historiografía, tiene, no obstante, vara alta en la discusión entablada entre el azar y la ley; entre lo individual y lo genérico, o, más útilmente aún, entre lo instrumental y lo final. Plantea el arte una reconciliación entre los aspectos llamados reales y los considerados ideales dentro de la totalidad del ser.

El arte americano ha descubierto nuestro paisaje más verdadero, se ha afirmado (Angel Guido), que es como afirmar el rol profundamente humanizador de la obra artística, y su inescapable misión en el desarrollo de nuestra cultura de

hoy, tan desligada de las vetustísimas sublimidades de las culturas precolombinas como asimismo de lo que la cultura occidental hoy en crisis espera *ciertamente* de nosotros.

Gabriela Mistral se enfrentó al gran problema de nuestro mundo americano en repetidas ocasiones. Quizás se podría extender a mucho más que ello: a toda su obra, mirada en el ejemplo viviente de ella como poetisa y como protagonista del magisterio y de la diplomacia. Hay en su legado de prosadora, un momento que, sin embargo, debemos destacar. Está presente en el prólogo que escribiera para el libro *Nacionalismo continental* de nuestro Edwards Bello. Dice ella: "El blanco total, criado en tierra de América, y que participa de americanidad solamente en paisaje y costumbre ¡y basta, y basta! ese suele hacer un bello alarde de solidaridad racial y libre del complejo y los complejos sabidos; declara a pecho abierto que es hombre de allá, criatura americana" ¹. Pero, usando de sus métodos tan propios, de su temática en un recodo de los más acusados en su poética, prosigue: "Infancias, ésas debiéramos escribirlas todos. Algunas veces he pensado que la mejor Geografía Pintoresca de nuestros países, sería la que resultase de unas diez infancias escritas por diez buenos veedores de las suyas en otras tantas regiones de Chile, o de Colombia, o del Perú. El niño ve bien la tierra y la costumbre, al verla con ojos nuevos y novedosos. El niño que viene "de otra parte" mira como el extranjero, con choques de diferencia, medio herido y medio complacido de éstos. Es "un buen ver" "continental", "sudamericano" ².

Al hacer histórica a la Naturaleza misma, se crece con el espíritu del niño hacia el hombre, y hacia la sociedad de los hombres dentro del espacio americano. Y estas relaciones llevan de nuevo a ese carácter típico de "facticidad singular" (Dilthey), ese "motivo" que el artista plasma "en su materia", y que no es otra cosa que la relación de la fantasía con las propiedades objetivas del mundo, elevadas a conciencia. El arte, la religión y la filosofía perfilan la que se ha denomina-

do "concepción del mundo". Dilthey nos aclara este contexto asegurándonos que "las grandes formas de la vida espiritual se hallan en relaciones recíprocas. El arte y la poesía surgen en amplia medida de la religión, pero llegados a madurez siguen su propia ley y cada una de aquellas quiere expresar por su cuenta la esencia de las cosas. También la filosofía se halla unida en sus orígenes diversamente con la vida religiosa, pero en cuanto nacen las ciencias de la naturaleza y encuentra su ley en el entendimiento, que está separado de las otras fuerzas del alma y encaminado a la práctica de la vida, se presenta la filosofía en un nuevo estado de agregación..." ³.

Pudiendo ser vista la Naturaleza como la interpretación de una realidad, cuya ley abraza al poeta en cuanto que es humano, la concepción del mundo pretende algo más concreto, por veces más indeterminado dentro de su mayor amplitud. No es ella algo que se refiera al entendimiento solamente. Tomada desde la vertiente del poeta, no tiene nada que la haga exterior a la invención poética: por el contrario, ambas se complementan, dejando a la filosofía su albedrío dentro del mundo de los conceptos. Cuando hay tensiones entre la concepción del mundo y el saber teórico, el hombre de intelecto sufre los efectos de la crisis espiritual. El poeta prefiere pulir su cosmovisión, extrayendo de ella formas de convivencia muy suyas con la filosofía y la religión. Así el caso de Gabriela, desde sus primeras composiciones recogidas en la selección coquimbana de Soto Ayala, en reminiscencias de Vargas Vila y de los poetas modernistas o de su fugaz contacto con la revista *Nueva Luz*, patrocinada por la Sociedad Teosófica (1913), hasta los comentarios, ya tan suyos, a Rabindranath Tagore (1917), en que comulga con el hindú en su *Flor modesta* al apuntarle: "Con un simple movimiento de tus labios, me sorbes, con una imperceptible inclinación, me recoges" ⁴. Expresa-

³ W. Dilthey: *Teoría de la concepción del mundo*, México, FCE, p. 304.

⁴ Rabindranath Tagore, poeta y filósofo hindú, Selección de sus obras, precedidas de un estudio crítico, por Raúl Ramírez, con tres comentarios líricos en verso y tres en prosa de Gabriela Mistral, Santiago, Lit. Universo, 1917, p. 133.

¹ Gabriela Mistral: "Prólogo" al libro de Joaquín Edwards Bello, *Nacionalismo continental*, Santiago, Ed. Ercilla, 1935, p. 3.

² Ob. cit., pp. 5-6.

do está que la novelística nuestra es más bien telúrica que humana, en sus logros más profundos. ¿Podría aducirse lo mismo de los poetas? Veamos cómo consigue dar un toque muy nuestro Gabriela en uno de sus *Recados*, el que dedicara al gran pintor chileno Juan Francisco González: "Se parecía al espino devorado en las tierras calenturientas, en la talla y también en la vaina de garfios y olor, pues era a una vez punzante y tierno"⁵.

He ahí cómo mira a su compatriota el gran paisajista de las zonas muchas veces semiáridas de nuestra provincia. Lo ve en la realidad de su naturaleza apta para las faenas del carbonizador de troncos, en medio del humo y las amarillentas lomas.

Hay en la prosa un legítimo y directo logro de comunicación. Veamos la poesía, sin caer en la que los analistas literarios denominan la "herejía de la comunicación". El vate es antes que nada un hacedor de poesía. Lo demás superabundante: mirémoslo en la unidad de todos sus significados, en la tensión corporal, orgánica de sus abstracciones y denotaciones, de sus concreciones y connotaciones; en *Desolación* (Nueva York, 1922) nos dice:

*"El Ixtlazihuatl con su curva humana
endulza el cielo, el paisaje afina.
Toda dulzura de su dorso mana;
el valle en ella tierno se reclina.*

*Está tendida en la ebriedad del cielo
con laxitud de ensueño y de reposo,
tiene en un pico un impetu de anhelo
hacia el azul supremo que es su esposo".*

(El Ixtlazihuatl).

Quizá lo primerizo del canto por tierras de México no permita una lograda distancia estética, que después la poetisa conseguirá con gloria; puede ser que el tono, la riqueza de connotaciones, y de que las imágenes se queden en lo meramente ilustrativo y en la reacción de cliché. Pero aún este realismo convencional, es ya eso precisamente: realismo. Y en Gabriela esta característica se hará permanente. El dramatismo directo y activo de sus poesías de dolor y de vida con que

se estrenó en el Certamen y que hizo figurar en la antología *Selva Lírica* (1917) se transfiere a su voz eglógica, pudiendo decirse que previamente metafóricos son la emoción, la tensión, la estructura, el clímax, la textura, el tono y lo autotélico de sus piezas poéticas. Tal reacomodación de la imagen del mundo, que, en verdad sufrió en la Mistral un proceso prudente y progresivo, contrariamente con lo que hicieron en la experiencia buscadora de sus objetos poetas como Pablo de Rokha y Vicente Huidobro, se verifica con ontológica coherencia. Frenética e intensa, no se sabría decir en qué milagrosas proporciones, que van decretándole su evolución estilística se van dando estos factores, desde que se alza al mundo contemporáneo la maestría el-quina Lucila Godoy Alcayaga, hasta el punto de que en todos sus críticos se modula este subtítulo: "Poetisa de la Pasión". Así el informadísimo Alone, Norberto Pinilla, Mario Osses y Luis Oyarzún. Este último escritor, y esteta, nos aclara en luminoso prólogo que "en todo gran espíritu actúa una poderosa necesidad de exploración de lo humano que hace de la existencia entera un continuo viaje por el mundo, cuyo sentido no viene a revelarse plenamente sino en el momento final. Mas, semejante vagancia no vale sino en función de su fidelidad a esos tres o cuatro temas permanentes por los que se expresa de modo inmediato la singularidad de nuestro espíritu. Nos movemos para ser dignos de permanecer. De esta misma manera, —prosigue Oyarzún— parece que Gabriela Mistral no hubiese viajado sino para encontrar lo que estaba en ella y que su poesía y su experiencia íntima no fueran sino el difícil alumbramiento de un nombre interior que en sus últimos poemas nos es sugerido con más fuerza y evidencia que en sus obras de juventud"⁶. Se trata de la "restauración de la facultad visionaria de nuestra naturaleza", de la substancia de las cosas, de la materia que se humaniza, de una "maternidad descubridora".

⁶ Luis Oyarzún: *El mundo poético de Gabriela Mistral*, en *Pequeña antología*, Selección hecha por la autora, Santiago, Esc. Nac. Artes Gráficas, 1950, pp. 15-16.

⁵ Sociedad de Escritores de Chile, Verano (Revista), Santiago, Año I, N° 1, 1945.

"...pizcas de nido, una baya,
la resina, el gajo muerto...
(Abuela silabeadora,
yo te entiendo, yo te entiendo...).

Deshace redes y nudos;
abaja, Abuela, el aliento;
pasa y repasa las caras,
cuélate de sueño adentro.
Yo me fuí sin entenderte
y tal vez por eso vuelvo..."

(Selva austral, Lagar, 1954).

¿Ironía o reticencia en estos versos de la postrera etapa? En manera alguna pudiera entenderse en forma exclusiva. Por eso vuelvo, en este *Viaje imaginario por Chile*. Dos asteriscos son premonitorios. Reza su llamada: "Yo vuelvo, pero en fantasma...", como desde una fosa de *humor negro*, al pié de la página... Haga la filología uso racional de tales citas. Es que el espíritu tiene una estructura diferencial, y en este caso es capaz de liberar el "humor" en forma de un "como si", de un mito personal.

Como del fuéguido paleoamericano hasta el santiaguino del Chile criollo europeo,

"Al fueguino sube el caribe
por tus punas espejeadas;
a criaturas de salares
y de pinar lleva a las palmas
.....

"¡Purificanos y condúcenos;
a hielo y fuego purificanos!

(Cordillera, Tala, 1938).

en tanto que el otro Himno de este dístico caminador, heroico, marcializa el *Sol del Trópico*, oficiante máximo del "aplatanamiento" del blanco que se introduce en esas latitudes de fuego. Sólo una mujer andina podía conservar energías para tal aliento:

"Sol de los incas, sol de los mayas,
maduro sol americano,
sol en que mayas y quichés
reconocieron y adoraron,
y del que viejos aimaraes
como el ámbar fueron quemados.
.....

... maíz de fuego no comulgado,
por el que gimen las gargantas
levantadas a tu viático;
corriendo vas por los azules
estrictos o jesucristianos,
ciervo blanco o enrojecido,
siempre herido, nunca cazado..."

La preocupación por las correspondencias entre hombre y paisaje, lo que hemos apellidado "mundo americano" libera en estos versos la atmósfera que ella aprehende en la unidad de su significado. Deja correr el monólogo silencioso, con el ímpetu de su mismo deseo de expresión, la aliteración, de desarrollo temático cosido a la textura de sus décimas. El encabalgamiento de los "azules estrictos" no logra sino hacer más peculiar el ritmo estrófico.

El indianismo de esta poetisa de América se conjuga, que no se contrapone, con los proclamados cristianismos y senquismo de su arte. Respecto de lo primero, procedamos a recordar su *Recado a Victoria Ocampo, en la Argentina*:

"Y tu casa, Victoria, tiene alhucema,
y verídicos tiene hierro y maderas,
conversación, lealtad y muros.
Albañil, plomero, vidriero,
midiendo sin compases, midieron mirándote,
midieron, midieron..."

"Te quiero porque eres vasca
y eres terca y apuntas lejos,
a lo que viene y aún no llega.
.....

"Por la Ley vieja de la Tierra;
por lo que es, por lo que ha sido,
por tu sangre y por la mía,
¡por Martín Fierro y el gran Cuyano
y por Nuestro Señor Jesucristo!"

Alone y Osses, ven su Dios antiguo y neo testamentario. Julio Saavedra apunta la afición de la poetisa por la *Biblia*, "rara entre los católicos, su imitación de temas del gran Libro" ⁷, mientras el novelista Mariano Latorre se manifiesta llanamente escéptico del carácter hebreo de su poesía, de su enraizamiento en los Evangelios. "La psicología de Gabriela Mistral no tiene tales complicaciones. Es una mujer atormentada —prosigue— que ha convertido en un ascetismo espiritual sus muy humanas ansias de amar. Hay en el enredo de una sintaxis primitiva, sin mucha ciencia, destellos de luz, extrañas y retorcidas metáforas que por lo mismo resaltan más" Esto fué dicho en 1930. Nótase el pathos del narrador en el postulante de la tesis sobre *El sentido de la Naturaleza en la poesía chi-*

⁷ Julio Saavedra Molina: *Gabriela Mistral. Su vida y su obra*, Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1947, p. 8.

lena⁸. Mientras tanto, en la obra posterior de la autora, siempre parca en dar libros al mercado, surgen cada vez más nítidos los rasgos de su cristianismo. El suyo no es un fideísmo de Himnario, de panfleto o de Devocionario, porque está difuminado en toda su producción. Está en lo prosático y en lo poemático, en el complejo de sus actitudes, en el correlativo objetivo, que diría T. S. Eliot. Está en la extensión y en la intención, que unifican los significados de la obra artística suya. En agudeza, que permite ostentarse a veces en la ironía que estalla ante la existente multiplicidad, para connotar, para notar por implicaciones, "el otro lado de la materia".

Recado a Lolita Arriaga, en México, nos recuerda a la cuasi divina viejecita maestra:

"Panadera en aldea sin pan, que tomó Villa, para que no lloraran los chiquitos, y en otra aldea del azoro, partera a medianoche, lavando al desnudito entre los silabarios".

Porque, si se mira en plan de falacias (afectiva o intencional), ¿quién podría negarle parentesco, identidad de jaeo con la obra final del enorme poeta peruano César Vallejo, el agonizado republicano y popular, casi diría metaproletario, de *España, aparta de mí este cáliz?* Pero, ¿serán falacias estas aproximaciones? Bueno.

La tradición paleotestamentaria nos ha legado dos tipos, el del Profeta y el del hombre de Iglesia o institucionalista. Numerosos teólogos están de acuerdo que en la carrera de Jesús se llegó a su culminante diferenciación. Por sobre todo El fué un declarado enemigo de los que casi habían consumado obra de muerte con la visible religión: fué un fustigador predilecto del fariseísmo. Jesucristo fué en su obra terrena, realista e idealista a la vez.

En el Antiguo Testamento abunda la poética y la sabiduría, que se aduna en el ritmo del pensamiento entre las líneas de versos lo que se ha denominado "paralelismo" y los "proverbios", respectivamente para los dos tipos de la literatu-

ra bíblica hebrea, destacando los *Salmos* como la joya suprema de los poemas bíblicos.

En cuanto al Nuevo Testamento, su consideración roza el delicado asunto de sus testimonios de fe, cuyo contenido determina su significado. Cuando los cristianos han determinado cuál habrá de ser esa fe, ya la Biblia en su conjunto aparece no en su volumen literario, restringidamente, sino en aquello de lo que su final significado da preciso testimonio. Su conocimiento da paso a la gracia de la revelación cristiana. Allí está la fe: lo que se afirma ser la verdad acerca de Dios. Su autoridad fluye del hecho de ser revelada, pues, (si se pudiera hablar así) es el concepto cristiano acerca de Dios lo que en realidad el cristiano cree que Dios mismo ha revelado acerca de sí. Y, volviendo a nuestro tema, es posible ahora ver que en Gabriela Mistral no se hace posible un encasillamiento dentro de la ortodoxia, menos aún de la teología respectiva, por la sencillísima razón de que, en cuanto mujer de bellas letras, ella podía permitir la coexistencia de su fe con el tratamiento literario de las Sagradas Escrituras, de la tradición de la Iglesia, y relacionar todo ello con la que pudiéramos apellidar su cosmovisión poética.

Inspirada así en la Biblia, también se siente en el discipulado de Aligheri, de Tagore (algo atemperado después de tratarlo), del Conde Tolstoy, de Romain Rolland, de Martí y de Unamuno. Habría que agregar a San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús y Juan Ramón Jiménez. En sus extremas mocedades rindió culto a Vargas Vila, Federico Mistral y Ada Negri. Como puede advertirse, no hace excepción al *deimon* del gusto personal, que es campo de lucimiento de lo variado y de lo arbitrario.

Sin lugar a dudas colocada en el grupo de las personas de fe, cabría todavía contemplar las raíces hispánicas de Gabriela. Siempre hizo gala de un desapego, por lo demás muy típicamente español, de sus ataduras con la Madre Patria. Sin embargo, Mario Osses observa, en nombre de su estirpe criolla, del complejo material y espiritual de lo indohispánico que, como grupo, nos caracteriza, apuntara a una determinada forma de "cosalismo". He aquí parte del poema *Beber*:

⁸ Mariano Latorre: *El sentido de la Naturaleza en la poesía chilena*, en *Atenea*, nov.-dic., 1930, p. 838.

*"En el Valle de Río Blanco,
en donde nace el Aconcagua,
llegué a beber, salté a beber
en el fuete de una cascada,
que caía crinada y dura
y se rompía yerta y blanca.
Pegué mi boca al hervidero,
y me quemaba el agua santa,
y tres días sangró mi boca
de aquel sorbo del Aconcagua" °.*

La elemental consideración de las cosas fluye en esa *Saudade* suya. En su conjunto, la poesía chilena es, al decir de Osses, "andimarina". Respecto de *Beber*, la poetisa recapitula el suyo de la infancia y sus experiencias en países de indios y en Puerto Rico. En el trozo citado aparece una hermosa imagen: no tan solamente una feliz "pintura mental", sino que una apelación a casi todos los sentidos. Hay acierto idiomático en la denotación. Veamos: a) "salté a beber en el fuete de una cascada". La palabra fuete (del francés *fouet*) significa látigo en las Antillas. Así, "dar fuete" significa azotar a alguien para corregirlo, Comparar la cascada con un látigo es imagen muy gráfica; b) Se puede "dar fuete" a un animal. Aquí se llega a usos connotativos de los vocablos: "que caía crinada y dura y se rompía yerta y blanca". Las aproximaciones creo que resaltan.

Tras lo caminado en el examen, ¿tendría sentido hablar de "senequismo" en la Mistral? El filósofo cordobés Lucio Anneo Séneca, (4-65 D. C.), profesó el estoicismo, doctrina que se puede clasificar de racionalista, determinista y moral de tipo socrático. El mundo es, para los estoicos, enteramente material. Todo lo que es, es corporal, inclusive la razón. La ya aludida moral socrática que profesan, sostiene que el mal consiste en lo que es contrario a la razón del mundo. Dilthey nos dice que la "naturaleza" es el concepto fundamental de los estoicos. Ella procede en cada fenómeno en forma lógica, pues el sistema de fuerzas que dentro de tal naturaleza existe, está condicionado por la fuerza central divina, el *logos*. María Zambrano, tras de insistir en la calidad puramente poética en que se dilata el materialismo español, alude a la preponderancia que adquieren las cosas dentro

° Mario Osses: *Trinidad poética de Chile*, separado *Revista Conferencia*, Universidad de Chile, núms. junio-dic. 1947, p. 43.

del mismo, para luego mostrarnos las particularidades del estoicismo español, a todo lo anterior afecto. Tan importante es su vena, que se puede verla bifurcarse en las formas del estoicismo popular y del estoicismo culto. Ante su resignación serena, afirma la escritora hispana: "La objetividad, y con ella la comunidad entre los humanos, triunfaba plenamente; de ahí que el estoico se sienta comunicado con todo hombre por encima de familia y patria; lo privado no existe; sólo lo general, lo que en el hombre es análogo a la naturaleza y análogo en cada hombre. Lo individual ha sido inmolado en aras de lo común" ¹⁰.

Conceptualmente considerados los filosofares, concepciones del mundo y creencias que pudieran ampararse bajo las vastísimas rúbricas del cristianismo y del estoicismo, son incompatibles. Sin embargo, no es posible desconocer que, dentro del ámbito de la cultura hispánica, sus rasgos se han mezclado más que varias veces. Naturaleza y estilo, materia y forma, cuerpo y espíritu, según gustan enumerar los dualistas, ¿podrían coexistir en una persona poética determinada? Explicación psicoanalítica hay relativa a que el escritor no expresa sus deseos inconscientes, sino que las llamadas defensas secundarias contra tales deseos (E. Bergler). De similar manera es posible tentar entender la paradoja, ciertamente tan visible como una estructura monumental, a que nos hemos estado refiriendo. Pues bien, entonces, tendríamos que juntos subsisten en forma práctica, operacional, en nuestra poetisa, diversos rasgos cristianos y senequistas. No pretendamos hacer de la poesía una forma del conocimiento. Para la poesía, dicho como final, las religiones y los sistemas del conocimiento, por muy respetables que, al hacer su elección o proclamar la fidelidad a una determinada fe, pudieran ser para el poeta-hombre, pasan a ser, en cuanto factores de la cultura poética y materiales para el hacer respectivo, no otra cosa sino "formas de la sensibilidad" para el creador en plan de vencer los arcanos de su concepción, en camino hacia la expresión cabal.

¹⁰ María Zambrano: *Pensamiento y poesía en la vida española*, México, La Casa de España, 1939, pp. 102-103.

II. ITINERARIO POR LA NATURALEZA DEL CONTINENTE

Trataremos de ver qué asidero tiene la afirmación de que, en el tratamiento del tema que nos ocupa, Gabriela Mistral se va haciendo cada vez menos "naturalista", más estilizada y abstracta a medida que se va produciendo la procepción de sus libros: De *Desolación a Tala* y de *Tala a Lagar* (1954). Entreverados a estos libros están *Ternura* (1924) y los *Recados* en prosa, que periódicamente la autora daba a la publicidad en los grandes diarios y revistas, pero que no han sido aún recopilados.

¿Trataríase, en verdad, de una sublimación personal? Porque, se alega, en la eterna lucha entre la luz y la tiniebla, uno es el hombre y la otra es la Tierra. Pero no para allí el vaivén de las relaciones. Al incorporar la Tierra a la geografía, el hombre crea las condiciones de la realización de toda posible realidad histórica y cultural. La Poesía es parte de esta fase. Y cada poeta, como existente, tuvo en suerte nacer en determinada comarca y conocer tales y cuales zonas de la superficie terrestre. Aún los hombres más sofisticados saben que la Tierra estabiliza la vida (*E. Dardel*). En cualquier parte en que me encuentre, estoy rodeado por un perímetro de planeta, al que, a veces, denomino paisaje. A diversas maneras de abstraer lo aparente de mi circunstancia se concretan diversas ciencias, como las llamadas matemáticas, naturales y culturales. Las artes presentan esta apariencia en forma expresiva, así como la historia genuina, de manera fisiognómica. Para J. Maritain, la poesía descubre lo espiritual en lo sensible. Hoy día la geografía forma en el rango de las ya fijadas ciencias naturales. Pero hubo en el mundo de los que crearon las ciencias y todavía subsiste en otros mundos de este globo que viven regidos por mágicas culturas ágrafas, pre-científicas, "naturales", el paisaje mítico testigo de los ritos de sacrificios de animales, vegetales, frutos, etc., Los trabajos agrícolas son rituales. *Cultus* significa enjoyamiento. Los habitantes del paisaje son tratados como si fueran novias en solemnes esponsales. Todos los detalles de la geografía son

partes de la familia en este mito vivo del alrededor. Hay detalles dramáticos, lugares del espacio que, como ciertos momentos del tiempo, tienen un valor cualitativo. En Egipto y en México pudiera haberse visto el imponente desarrollo del culto en los contornos de la pirámide, igual que en la Grecia de los templos, casas de los dioses tutelares. Ese espacio está lleno de experiencia, de prehistoria, en el sentido más ceñido del término. Aire, fuego, agua, he allí la tríada que abraza a la tierra nutricia. La Tierra, parte del cosmos, transmite su seguridad a los hombres del grupo, les dicta las sabias provisiones de la convivencia, de la creencia, e incluso de las técnicas y artes. El mundo es sagrado; es todo lo contrario de lo inmundo.

Dice Gabriela Mistral, al referirse a un tema de su profesión, los *Libros escolares complementarios*: "En estos alimenté yo toda la juventud; de ellos saqué lo que los libros de texto no me supieron dar: la pasión de la tierra, el entusiasmo —un poco místico, como rama de magia— de la química; el fervor que me ha calentado toda la juventud, de las vidas heroicas; la fiesta de la geografía, en que, sin saberlo, me preparaba al errantismo"¹¹.

Saquemos la poesía al recorrido americano. Los veranos secos de la templada California,

*"Entre altos naranjales
y pomares que se exhalan,
tú no le guiñas al hambre
ni a la sed; no más alabas
con las cuatro lenguas vivas
y la abrasada garganta".*

(Amapola de California, *Lagar*, 1954).

En el clima seco desértico de Arizona, una de las más propiamente nombradas zonas áridas de los Estados Unidos, se adorna con su sufrido ocotillo, planta justa para ese paisaje, como los chañares lo son del salitroso desierto nortechileno.

Los países montañosos presencian el esplendor del gran cultivo del indio: el maíz. México lo tiene en tan antigua estima como el Tehuantsincho.

¹¹ En *El Mercurio*, Santiago, 5 de junio de 1928.

"El maíz de Anáhuac,
el maíz de olas fieles,
cuerpo de los mexitlis,
a mi cuerpo se viene.
En el viento me huye,
jugando a que lo encuentre,
y me cubre y me baña
el Quetzalcoatl verde
de las colas trabadas
que lamen y que hieren".

El símbolo de la serpiente emplumada azteca se mezcla a la caña emplumada y generosa, y a la hablante, que sigue, aludiendo ahora al fresco del maíz de Diego Rivera, llamado *Fecundación*:

"Mazorcada del aire
y mazorcal terrestre,
el tendal de los muertos
y el Quetzalcoatl verde ...

.....
"El santo maíz sube
de dos ímpetus verdes,
y dormido se llena
de tórtolas ardientes ..."

Sigue la visión de la *milpa* (maíz en azteca) hasta el momento en que los negros y rojos granos de la mazorca pueden desprenderse.

Vamos por mar:

"Se murió el mar una noche,
de una orilla a la otra orilla;
se arrugó, se recogió,
como manto que retiran".

(Muerte del mar).

La poetisa cubana Dulce María Loynaz la visitó en Portofino, frente al Mar Tirreno, y más tarde la recibió en su hogar habanero. De su verso expresó: "es tal vez el único que tiene intimidad geológica, biológica, verdadera comunidad con el Cosmos".

Sobre sus costumbres en la mansión del Vedado: "En casa, Gabriela escogió pronto su rincón favorito. En el jardín, junto a la fuente, solía pasar largas horas, al menos todas las que le dejaba libres el tumulto de sus admiradores.

"Allí sorbía lentamente taza de té tras taza, y en tal número que nunca me fué dado contarlas"¹². Al mismo tiempo, ¡qué hermoso poema dedicó allí a las *Palmas de Cuba* (Lagar):

¹² Dulce María Loynaz: *Gabriela y Lucila*, *El Mercurio*, Santiago, 2 de junio de 1957.

"Isla Caribe y Siboney,
tallo de aire, peana de arena,
con tortuga palmoteada,
de conjunciones de palmeras ..."

.....
"Palmas reales doncellando
a medio cielo y a media tierra,
por el ciclón arrebatadas
y suspendidas y devueltas.
Corren del Este hacia el Oeste.
Por piadosas siempre regresan.
El cielo habla a Siboney
por el cuello de las palmeras
y contesta Siboney
con avalancha de palmeras.

.....
"Tránsito y vuelo de palmeras
éxtasis lento de la Tierra.
Y en el sol acre, pasan, pasan,
y yo también pasé con ellas ..."

El *Mar Caribe* (*Tala*) figura entre los llamados Mediterráneos de las zonas cálidas, junto al mar de la plataforma continental de la Insulindia, el Golfo de México, el Golfo Pérsico y el Mar Rojo. El de las Antillas o Caribe tiene caracteres opuestos al de Insulindia en las Indias Orientales; por ejemplo, su autonomía respecto del Atlántico Norte no es muy grande; pero, pese a tal depósito de agua fría, se trata de una líquida masa cálida. Es un mar estable en su atmósfera, aunque los ciclones lo barren a menudo. Festoneando por lo bajo las costas de Cuba, Hispaniola, Puerto Rico y Antillas Menores, se desarrollan las construcciones coralinas. Habitado por canoas de una pieza de los caribes, desde ese principio de técnica náutica los primitivos llegaron hasta la piragua, embarcación a remo y vela. Mar de tiburones, de ostras y "peces eléctricos", fué instalación preferida de la piratería del siglo XVI y la bucanería, autorizada por los poderes francés, inglés y holandés de las dos centurias siguientes. En estas historias se hermana con el Mar de Insulindia. Patria de cultivos tropicales, y de criollos y negros, luego su mundo se mete tierra adentro, en cada una de las Grandes Antillas; en las otras el mar sigue ineludible, en las formas de la existencia anfibia que su menguado porte les dicta. Hoy, desde la abertura del canal de Panamá, debe ser mirado más bien como una de las grandes rutas del mundo, que no rincón de cosas como las que contábamos. Ya es lugar común afirmar que se trata del puente de tránsito entre las grandes culturas anglo-

los que, siendo diversos, no son opuestos. Porque hay en ustedes alguna recóndita cristiandad unitaria que en pocas partes el extranjero siente y que les ha librado de la xenofobia, lacra del mundo. Sólo les falta sacar a luz esa esencia oscura y ponerse a vivirla en todo cuanto puede manar de ella: tesoros serán, maravillas de convivialidad”.

Prosigue así su juicio de mujer universal: “En cuantos países he andado, vi siempre que el juego entre ciudad y campo, el confluir de lo urbano con lo rural, la fertilización de lo uno por lo otro, ha hecho naciones más sanas, las más compactas y estables. Y vi también lo contrario: las falsas “unidades” en las cuales el campo se parece al jorobado o el manco que vive amargado de alimentar a sus parientes válidos, o sea las ciudades-patronas, engrasadas de ocio, o que en ajeteo inútil parecen ardillas bobas, cogidas del fuego.

“Entrañas fraternales ha de tener esa Isla para que vivan dos millones de hombres sobre tres mil quinientas millas cuadradas, sin echarse los unos sobre los otros en el pugilato de otros países”¹⁴.

Dejamos las Antillas “en la isla de Puerto Rico, a la siesta de azul colmada”, para recordar algo de la extensa Naturaleza del Brasil en un breve pasaje de un *Recado*, donde expresa el reinar “como una tala en Goyaz”. Julio Saavedra, de quien es la cita, se acoge al parecer de que tal voz *tala* (importante por ser el título, siempre parco, de uno de sus poemarios) designaría un árbol de esa región brasilera¹⁵. Voz la comentada que en nuestro idioma tiene el significado activo de cortar árboles, según todos sabemos.

¿Cómo entrar en la Naturaleza amplísima de Sudamérica? Pues entendemos que, ya insinuado el Brasil, dejados atrás los territorios de Norteamérica y del Caribe, podríamos seguir en plan descriptivo directo. No sólo por ser de acá, sino que por su competente análisis de filósofo, iremos hacia la obra del peruano Mariano Ibérico dedicada al tema cósmico. ¿Qué nos dice Ibérico sobre las

formas del sentimiento de la Naturaleza? Como estado psíquico complejo de él lo clasifica en tres formas principales: a) Como resultado de la contemplación del orden que reina en ella. Es un sentimiento admirativo de base intelectual frente a las leyes eternas que la rigen “que son las de la mente, de amor y de confianza al encontrar que las formas de nuestra razón son las mismas que presiden la economía universal de los mundos”; b) Existen otros sentimientos, que no se dan por el intermedio de la concepción intelectual: son sentimientos primordiales estimulados por aquella “potencia activa, germinal, indiferenciada que pulsa en nosotros y fuera de nosotros. Esos sentimientos son la repercusión directa, o mejor, la prolongación en el alma de la naturaleza misma”. A estos sentimientos les llama “de continuidad vital”; c) En fin, el paisaje, como sentimiento “de las imágenes visibles y lejanas en que se manifiesta la vida de la naturaleza. Forma que es, sin duda, en gran parte una derivación de la anterior”, pero que se distingue de ella debido a la moderna importancia del paisaje como objeto de la contemplación y gusto estéticos¹⁶.

Comprendido y descrito así el “sentimiento de la Naturaleza”, podemos ver que él actúa en grados distintos en tal o cual experiencia poética. Ejemplos de sus tres clases han surgido a nuestro interés en diversas partes de nuestra labor.

¿Qué decir del Océano Pacífico? Pidamos su voz a nuestra amiga la doctora Concha Meléndez. Conocedora autorizada de la literatura hispanoamericana, que ha estudiado “desde el suelo”, con su característica honradez evangélica, y no en recorridos de turismo aéreo por sus grandes áreas, la escritora portorriqueña nos contrapone el bullicio del Atlántico al Océano de estas latitudes, que “por el contrario, tiene la majestad silenciosa de lo desconocido; lleva los moldes y troqueles de un gran laboratorio”... y, en la visión de Hostos, los árboles del trópico, nos sigue explicando, se humanizan, así: “el higuero caprichoso, de extendidos brazos de esque-

¹⁴ Gabriela Mistral: *Palabras para la Universidad de Puerto Rico*, Edit. Universidad de Puerto Rico, pp. 23-24.

¹⁵ Julio Saavedra Molina, Ob. cit., p. 58.

¹⁶ Mariano Ibérico: *El sentimiento de la vida cósmica*, Buenos Aires, Edit. Losada, 1946, pp. 21-22.

leto, matizados de hojas diminutas; el plátano dadivoso, el portentoso mango; el jobo calenturiento, el caimito falaz, la jagua medicinal, el guayabo que fructifica sin descanso; el manzanillo de elegante tronco y sombra mortal. En otra descripción atribuye majestad a la ceiba, el jobo es cimarrón, y el cocotero benéfico. Los senderos del palmar son persuasivos”¹⁷.

La planicie costera del Ecuador, de clima caliente y lluvioso en todo el año, destaca sus selvas, sentidas por Gabriela en su *Ronda*:

*¡En el mundo está la luz,
y en la luz está la ceiba,
y en la ceiba está la verde
llamarada de la América!*

¡Ea, ceiba, ea, ea!

*Arbol ceiba no ha nacido
y la damos por eterna,
y los indios no la plantan,
y los ríos no la riegan.*

*Ella tuerce contra el cielo
veinte cobras verdaderas,
y en lo negro de la noche
las espaldas le espejean”.*

(Ronda de la ceiba ecuatoriana).

Nuestra ejemplificación poética de la Naturaleza americana a través de Gabriela ha seguido los caminos de la geografía. Conocidas las fechas de sus libros es sugestivo que ellos se imprimiesen en latitudes tan diversas: virtualmente todo el ámbito de influencia de nuestra lengua. Don Federico de Onís determinó, en conjunto con numerosos catedráticos norteamericanos, la publicación de *Desolación* en Nueva York; *Ternura* apareció en Madrid; *Tala*, en Buenos Aires, y su postrera obra de en vida, *Lagar*, en Santiago de Chile.

La poetisa fué una extraña viajera, alejada por muchos años de su misma Patria. Su peregrinaje comenzó con la Misión en México, de 1923. El año siguiente la sabemos en Estados Unidos. En 1925, vuelve a Chile. Los años 1931 y 1932 los pasó en Norteamérica, Puerto Rico, demás Antillas y Centroamérica. Desde 1932 perteneció a nuestro Cuerpo Consular: Nápoles, Madrid, Lisboa. Vuelta a Chile, en 1938, pasó por Brasil, Uruguay y Argentina. Presenció el triun-

fo del profesor don Pedro Aguirre Cerda, exaltado a la Presidencia de la República por los partidos populares. El fué su benefactor desde muy temprano en su carrera, y debido a este hecho *Desolación* le fué dedicado. Vuelta a salir de Chile, lo hace por el Pacífico, hacia Estados Unidos. Su consagración con el Premio Nobel de Literatura, en 1945, no interrumpió su errancia. En 1954 la tenemos en viaje especial a Chile, de donde salió para no volver en existencia.

Ya en *Desolación* la tenemos cantando su alejamiento:

*“Me llamaba en mis costas inmensas
la lengua del mar,
y en mitad de la mar voy llorando,
caída la faz!*

(Canciones en el Mar, III. Canción del hombre de proa).

Y así como hay un Norte, también hay un austro de retorno en este andar: una llegada a este mar de Chile, barrido por la corriente antártica de Humboldt, frío en todo tiempo, pero más amenazante en el invierno, y que tanto contrasta con el agua tibia y calma del Trópico sudamericano. Abierto está, en el derrotero del Sur, hasta las costas heladas y poco accesibles de la Tierra de O’Higgins, en la Antártida Chilena.

Se puede decir que Gabriela conoció todo el litoral de su patria, pues sirvió, en su calidad de profesora secundaria de especial nombramiento, desde Antofagasta, Los Andes y Santiago, hasta Traiguén y Temuco, en el centro-sur y, todavía, en la australísima Punta Arenas, ciudad confín del Chile sudamericano.

Durante su misión en España pronunció en Málaga una conferencia sobre esta República. Al referirse a su forma y tamaño, descarta el símil con una espada, afirmando “mejor sería darle la forma de un remo, ancho hacia Antofagasta, aguzado hacia el Sur. Buenos navegantes, somos un país dotado de inmensa costa”. Al considerar la orografía absorbente del territorio, recuerda que “un escritor nuestro, Pedro Prado, decía que hay que medir el país desdoblado los pliegues de la Cordillera y volviendo así horizontalidad lo vertical”¹⁸.

¹⁷ Concha Meléndez: *Estudios hispanoamericanos*, Edit. Universidad de Puerto Rico, 1943, pp. 15-32.

¹⁸ Gabriela Mistral: *Breve descripción de Chile*, Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1934, p. 3.

Desde Arica hasta Atacama se extiende en el largo y angosto paisaje, el Desierto. Ocupa más de la cuarta parte de la superficie americana de Chile. "El chileno errante y aventurero, pero de una clase de aventurero positivo, buen hijo del español del siglo XVI, llegó a esas soledades, arañó el suelo con su mano avisada de minero, halló guano y sal, dos abonos clásicos, y allí se estableció, a pesar del infernal clima, a pesar de la posesión extraña y del argumento cerrado que hacía de casi tres provincias una región imposible para la vida". Pues, "el chileno en volumen y en irradiación de energía, hay que conocerlo en la zona salitrera o en la región antártica de la Patagonia". Sobre lo segundo, la conferenciante podía extender lo antártico a la Patagonia, pues todavía no se incluía la así llamada Antártida Chilena, en los límites nacionales, hecho que ocurrió unos diez años después.

La zona de las estepas se extiende desde el sur de Atacama hasta la provincia de Valparaíso, y que ella con muy buen juicio apellida "de transición". En efecto, allí llueve, aunque poco, pero lo suficiente para hacer de ella una comarca de amena fertilidad, hasta que los calores secan la yerba y arboledas. Oriunda de ella, pues nació en la ciudad elquina de Vicuña (1889-1957), observa el notable regionalismo, como factor humano de la geografía y de la vida histórica. En Elqui, la mujer cuidaba de la tierra; el hombre era minero. "He visto de niña —confía— regar a las mujeres a la media noche, en nuestras lunas claras, la viña y el huerto frutal; las he visto hacer totalmente la vendimia; he trabajado con ellas en la llamada "pela del durazno", con anterioridad a la máquina deshuesadora; he hecho sus arropes, sus uvates y sus infinitos dulces llevados de la bonita industria familiar española". El arropo es un mosto, que se concentra por cocción hasta hacerlo jarabe, a base de uvas, algarroquillos, moras, tunas (higos chumbos) y otras frutas. El uvate es un dulce hecho con el hollejo de la uva. Se trata de una región famosa por sus vinos generosos, piscos (aguardientes), pasas y uvas de mesa. Así, nos describe Gabriela "la viña crespada y latina, el viñedo romano y español, de cepa escogida y cuidada". La gen-

te que entre esos bienes vegetales vive es sobria y democrática por costumbre, más que por idea política. Anótase una gran subdivisión de la propiedad rural.

Seguro es que estas faenas de la infancia y juventud, inolvidables, dieron a la poetisa la atmósfera para sus *Sonetos de la poda (Lagar)*; así van sus dos estrofas finales, en el II:

*"Mi pecho da al almendro su latido
y el tronco oye, en su médula escondido,
mi corazón como un cincel profundo.*

*Todos los que me amaban me han perdido,
y es mi pecho, en almendro sostenido,
la sola entrega que yo soy al mundo".*

El endecasílabo nos transmite su eglógico mensaje, algo convencional. En uno de sus últimos *Recados* la autora nos cuenta cómo comenzó a trabajar "en una escuela de la aldea llamada Compañía Baja, a los catorce años, como hija de gente pobre y con padre ausente y un poco desasido... Parece que no tuve ni el carácter alegre y fácil ni la fisonomía grata que gana a las gentes... Pero el pueblecito con su mar próximo y dueño de un ancho olivar a cuyo costado estaba mi casa, me suplía la falta de amistades. Desde entonces la Naturaleza me ha acompañado valiéndome por el convivio humano; tanto me da su persona maravillosa que hasta pretendo mantener con ella algo muy parecido al coloquio... Una paganía congenital vivo desde siempre por los árboles, especie de trato viviente y fraterno: el habla forestal apenas balbuceada me basta por días y meses"¹⁹. Más adelante nos referiremos a sus lecturas. Lo cierto es que allí esta sencilla mujer tuvo que empezar la faena de muchos años de su vida. Seguro es que sus capítulos de poemática infantil tienen allí comienzo. Si hubiese sido novelista, ella habría dado un título más a la producción de ese género, dedicada a la escuela rural y al despliegue de los maestros primarios en el agro chileno. El sentimiento que ella tuvo de la naturaleza circundante ha tenido su correlato genérico en *El maestro*, de Manuel J. Ortiz; en *Zurzulita*, de Mariano Latorre; en *Mercedes Urizar*, de Luis Durand, y en *El abrazo de la tierra*, de

¹⁹ Gabriela Mistral: *El oficio lateral*, en *Revista de Educación*, Santiago, nov. 1954.

americanas e iberoamericanas del Hemisferio Occidental. Esto no lo aceptarían sin mayores explicaciones los grandes espíritus que habitan las Antillas. Ellos saben, y nosotros por experiencia larga y directa, que allí hay peculiaridades que no admiten parangón ni aceptan tan sólo este papel de guión de las Américas. Así la actual doctora Margot Arce, distinguida catedrática y ensayista portorriqueña, quien conviviera con nuestra Gabriela, allá en la Península, en años de su estudiosa juventud, al descubrirnos el paisaje de su bellísima Isla, dice, con acentos que no desdican su prosapia hispanoantillana: "De nuestra isla de Puerto Rico se podría decir lo que Cervantes dijo de Salamanca: "que enhechiza la voluntad de volver a ella a cuantos de la apacibilidad de su recinto hayan gozado". El tipo geográfico de isla, perfectamente hermético en su forma de rectángulo regular, ha determinado con paradojas, su economía y el carácter de sus habitantes. El portorriqueño no es hombre de mar ni comerciante astuto; más como isleño, se deja ganar fácilmente por los aires de afuera... La superficie de la isla se ondula como un lago verde agitado por la brisa. Toda la llanura de la costa comienza a encrespase a medida que avanza tierra adentro con un ritmo de ondas suaves que asciende poco a poco y sin violencia hasta la cordillera central... Navarro Tomás ha señalado cómo el español de Puerto Rico presenta caracteres diferentes (en cada una de las zonas que determina su relieve increíblemente escarpado y variado, resumimos)... Abundan las colinas; cortinas y cortinas de cerros pequeños se multiplican hasta el horizonte y, por su forma redonda y diminuta, parecen de juguete... Esta inestabilidad del paisaje, esta sucesión de planos, que ocurre plácidamente, ha influido en nuestro carácter como pueblo. Nos ha hecho sensuales e inquietos: nos ha forzado a agarrarnos a la tierra en busca de equilibrio y a hundir ávidas raíces en el suelo... Y Gabriela Mistral, hija de un país duro de mar y de montaña, con sus ojos cargados de la majestuosa belleza del Aconcagua y del turbulento Pacífico, ha cantado también la gracia infantil de Puerto Rico, hecha de ternura y de espiritualidad:

"Isla de Puerto Rico,
isla de palmas,
apenas cuerpo, apenas,
como la Santa,
apenas posadura
sobre las aguas.
La que como María
funde al nombrarla,
y que como paloma,
vuela, nombrada,
del millar de palmeras
como más alta,
y en las dos mil colinas
como llamada.
Isla en caña y cafés
apasionada;
tan dulce de decir
como una infancia;
bendita de cantar
como un ¡hosanna!
Sirena sin canción
sobre las aguas
ofendida del mar
en marejada:
¡Cordelia de las olas,
Cordelia amarga!..."¹³

Todo lo delicado de su geografía humanízase en la alusión a Cordelia, la menor de los hijos del *King Lear* shakespeareano, *kind an good princess*, la sin adulos que dice querer a su padre como la sal, y contraimagen de las ingratas Goneril y Regan, determinantes de la tragedia, en que el Rey ensimismado cae ante los dulzores falaces del odio escondido, sin advertir el amargo carácter del amor verdadero.

Fué allí mismo donde Gabriela Mistral dijo, en 1948, sus *Palabras para la Universidad de Puerto Rico*. Sin entrar en juicios negativos, fué allí, en la isla gobernada por la competencia de Muñoz Marín y frente al selecto claustro y la numerosa clase graduanda de esa jornada académica, al lado de su Rector Jaime Benítez y de hombres tan señeros como el filósofo borincano *del creer y el existir*, Domingo Marrero, o el geógrafo Rafael Picó, sistemático estudioso de su paisaje, que la poetisa chilena eligió ocasión para decir cosas muy graves, en su palmaria seriedad y auténtico cariño por ese bondadoso grupo hispanoamericano, sobre las profesiones y el pueblo rural: "Ustedes, portorriqueños, poseen, precisamente, una índole muy válida para crear un populismo exento de populachería, la concordancia entre

¹³ Margot Arce de Vázquez: *Impresiones, Notas puertorriqueñas*, San Juan, Puerto Rico, Edit. Yaurel, 1950, pp. 17-24.

la autora Mari Yan. El conflicto también se repite: la joven maestra frente al ambiente chato y frecuentemente hostil.

Una nota de *Ternura* pone su onomatopeyismo chileno en *Arrorró el quino*, linda manera de contarnos los arrullos al nene o rorro, y la congregación de gentes venidas desde el fondo de su valle de Elqui, desde la aldea cordillerana de Coguz, por el vehículo del octosílabo:

*"Vienen gentes de Paihuano
y el "mismísimo" Coguz
por llevarse novedades
en su lengua lenguaraz.*

*Y no tiene todavía
la que llegan a buscar
ni bautismo que le valga
ni su nombre de vocear.*

*Tanta gente y caballada
en el patio y el corral
por un bulto con un llanto
y una faja y un pañal".*

La vegetación cambiante de Chile, marca hacia el sur una zona de matorrales, desde la cuesta de Chacabuco hasta el río Maule. Tiene aspecto arbustáceo (espino) y de reducidos bosques de quillayes. En los cerros costinos abunda la palma chilena. Y los huertos son obra del prolijo trabajo agrícola. Algunas decenas de kilómetros más al Sur de la nombrada cuesta, se encuentra la capital del país, como guardando la puerta del valle longitudinal, que se extiende hacia el austro unos mil kilómetros. Santiago "señorea sobre un llano espacioso y verde... Como en Guatemala o en Bogotá, el conquistador, al escoger lugar estratégico, escogió también paisaje magistral, y de este modo fundó logradamente y dejó a las generaciones el regalo sin precio de un panorama ennoblecedor de los sentimientos".

Desde el Maule hasta Malleco queda la zona de los parques: mezcla de bosques y praderas. Bosques de robles, coigües, laureles, etc. La considera prolongación del "cuerpo histórico y agrícola del país", prolongándola hasta Puerto Montt, ciudad situada en el extremo del valle longitudinal, y punto de embarques hacia la zona insular de Chile. Es la zona vegetal y ganadera por excelencia, ocupando un cuarto de la superficie de la República. "En nuestra América

el Plata y el Cauca con el Magdalena han criado grandes culturas latinas, es decir, armónicas, y el Llano Central de Chile cumplirá la misma misión". Tras la flora mediterránea, prima en la larga región "el bosque de maderas excelentes a medio domado en las talas o quemas, para dejar sitio a trigos y campos de patatas". Así lo dice su verso:

*"En el medio del llano,
un árbol seco su blasfemia alarga;
un árbol blanco, roto
y mordido de llagas,
en el que el viento, vuelto
mi desesperación, aúlla y pasa.*

*De su bosque el que ardió sólo dejaron
de escarnio, su fantasma.
Una llama alcanzó hasta su costado
y la lamó, como el amor mi alma.
¡Y sube de la herida un purpurino
musgo, como una estrofa ensangrentada!"*

(Desolación, Arbol muerto).

Luego, mención de la gesta del araucano, y la vuelta del "hijo pródigo" a la cultura clásica: "Somos latinos aunque seamos indios; Roma llegó hasta nosotros bajo la figura de España". ¿Hacia dónde pudiera llegar esta tesis de la política cultural encaminada a la "adopción de la cultura clásica"? Hace cerca de treinta años que ella la sostuviera. Hoy habría que remozarla dentro del paisaje de nuestra América.

Y viene el *Trópico frío*. "El poblador germano, vuelto chileno en los hijos, le ha dado las condiciones de vida de las ciudades europeas. Claro está que este "Trópico" interfiere con la fase final del Llano o valle ya descrito. "El auge del turismo le permite ser el punto de las excursiones por el que llaman los geógrafos el Trópico Frío, laberinto maravilloso de lagos, selvas y archipiélagos australes".

"El Llano Central que conté da cuanto puede dar una tierra en bondad terrestre, y este Trópico Frío entrega como cualquier Indostán y cualquier Brasil, el épico botánico y fluvial, la selva Walkiria y soberana, con la cual no pueden la descripción oral ni los carbones afortunados del aguafuertista. Ercilla se quedó sin contarla, y a veces me ha parecido su extraño silencio sobre el paisaje que vió una forma de reverencia de pobre hijo del hombre. Montaña, agua

y atmósfera son allí formidables y aplastantes. La mano que hizo el Trópico como una desesperación para la vista recogedora, hizo nuestro Chile Austral, menos cegador, menos brillante de hervor zoológico, pero tan magnífico e indescible como el ecuatorial”²⁰.

Resalta en el paisaje centro-austral chileno el caudal del Bío-Bío, el mayor de los ríos del país. Dice de él:

*“Bío-Bío espaldas anchas,
con hablas de Abel pequeño;
corres tierno, gris y blanco,
por tierras que es duro reino.
Tal vez estás según Cristo,
en la tierra y en los cielos,
y volvemos a encontrarte
para beberte de nuevo...”*

(Lagar, trozo del poema “Viaje imaginario por Chile”).

Del Salto del río Laja, tributario del anterior:

*“Me voy por el río Laja,
me voy con las locas víboras,
me voy por el cuerpo de Chile,
doy vida y voluntad mías”.*

(De Lagar).

Pero más abajo del planeta queda el que tendremos que llamar el sur-sur. Dijimos que Gabriela trabajó en Punta Arenas. En efecto, fué profesora en su Liceo de Niñas. De sus Paisajes de la Patagonia, tomemos el que lleva el título de su primer libro:

*“Los barcos cuyas velas blanquean en el
[puerto
vienen de tierras donde no están los que son
[míos;
sus hombres de ojos claros no conocen mis
[ríos
y traen frutos pálidos, sin la luz de mis huer-
[tos.
.....*

*“Miro bajar la nieve como el polvo en la
[huesa;
miro crecer la niebla como el agonizante...”*

(Desolación).

La regularidad de los ritmos, la falta de tensión y lo convencional de la presentación temática, hacen ver una recaída en este poema, inferior a los primeros que publicara la poetisa.

²⁰ Gabriela Mistral: Breve descripción de Chile, p. 17.

Más nos interesa “La ola del sueño”:

*“La marea del sueño
comienza a llegar
desde el Santo Polo
y el último mar.*

*“Derechamente viene,
a silbo y a señal;
subiendo el mundo viene
en blanco animal”.*

(Lagar).

Ya consuma la necesidad estricta de poesía, la concentración, y la imagen, como genuina experiencia poética, este octosílabo justo:

*“¿Dónde husmeas en la niebla,
mirada de hembra y de niño,
y por qué no vadeamos
ijar con ijar los ríos?*

*Estás sin lodos ni bestias
ni corazón pavorido
en verdes postrimerías,
celado de Quien te hizo...*

*“Y en llegando día y hora,
bajas los Andes-zafiros,
a hilvanes deshilvanados,
por los hielos derretidos.*

*Castañetea el faldeo
de cascos y cuernecillos;
después, ya todo ensordece
en avenas y carrizos...*

*Entonces la Pampa se abre
en miembros estremecidos,
da un alerta de ojos anchos
y echa un oscuro vagido.*

*“Me echas tu aliento azorado
en dos tiempos blanquecinos.
Con tus cascos traveseo;
cuello y orejas te atizo...”*

Y así es el leve animal chileno, del que había abierto el poema en alusión oportuna, mágicamente expositiva:

*“Ciervo de los Andes, aire
de los aires consentido,
¿dónde mascarás la hierba
con belfos enternecidos?*

*En los Natales partías
trébol y avena floridos,
punteados de luz los cuernos
y las ancas de rocíos.*

*A la siesta, los gandules
no te gozaron dormido,
la oreja en hoja de chopo,
los párpados con batido.*

*El matrero, el perdulario
y el compra y vende prodigios
iban zumbando a tu zaga,
viento, fogonazo y grito.*

*Los hálitos te volaban
adelantados como hijos
y te humeaban las corvas
como las del indio huído...*

*Prefirieron los chalanes,
a tu vela y a tu cuidado
ir arreando muladas
y carneros infinitos..."*

(Lagar, Cuatro tiempos del huemul).

III. ESCOLIO FINAL SOBRE EL ESTILO

No hemos eludido la mostración de poemas diversos, algunos de ellos indeciblemente alejados de éste que podríamos designar el "segundo estilo" de la Mistral, y que acabamos de presentar. ¿Hay verdad en la afirmación crítica de un decrecimiento del "naturalismo" en la evolución estéticopoética de nuestra gran elquina? No creemos que se trate de ello, sino de que lo que ella venció, nos parece, cierto falso y provinciano sentimentalismo de algunos de los poemas que publicara. Con ello consiguió dar intensidad a sus posteriores poemas, y alcanzar el inequívoco clímax de lo logrado, de lo interesante de por sí.

Véase comparativamente: *Canción del hombre de proa (Desolación)* y *Muerte del mar (Lagar)*. Todo subjetivismo episódicamente femenino ha desaparecido del segundo. Pónganse en estudio *Paisajes de la Patagonia-Desolación (Desolación)* y *La ola del sueño (Lagar)* para terminar con su joya *Cuatro tiempos del huemul (Lagar)*. Desde luego, muestra la autora gran sensibilidad para absorber la experiencia de sus propias necesidades de estilo. El verso de arte menor calza en forma perfecta a sus propósitos. Su estrategia poética la hace conseguir una imperceptible ironía, que no hace sino valorizar las imágenes que se permite crear. Me parece que, menos que ir a la abstracción, Gabriela Mistral consigue más que nunca en sus últimos poemas una textura personalísima: nunca logró estar más cerca de la "naturaleza".

Tenemos, entonces, que a través de la forma justa, su estilo resplandece en esa corta producción final. Y ese estilo no contiene ningún hebraísmo "terriblista", patético, inclinado a la contemplación de masas cósmicas de imponente unidad. Por el contrario; son las voces de la mística, desde San Francisco de Asís hasta Santa Teresa y San Juan de la Cruz, y no las metafísicas aplicadas a la poesía, de otros iluminados, lo que de sus estrofas fluye con delectación magistral.

Porque, no deviene paisaje la naturaleza sino cuando la contemplamos sin preocupación alguna de orden extraestético, para que así la acción elemental que circunda el desarrollo temático, pueda entregarnos con tranquila emoción, sus encantos únicos. De allí la profundidad—formas, volúmenes, colores—que dan carácter al movimiento de los poemas, a esa simpatía natural de que está hecho lo genuino en la poesía.

Así, pues, expresión y vivencia son los conceptos fundamentales que afloran de su teoría estética. Y el estilo se conjuga en relación de equivalencia con la visión del mundo, que postulábamos al comenzar este discurso. Así, la Naturaleza actúa generando algo en el estilo y haciendo estallar una significación determinada, en una determinada manera de ser la vida, en que lo real de ella se pone en contacto con la realidad ideal. El acento místico que Mariano Latorre encuentra en Mondaca, influido por la religiosidad de La Serena, tal como en su cogeneracionista Gabriela Mistral, acierta ahora en destacarlo: "A un temperamento tan generosamente dotado de sensaciones como nuestra poetisa, la naturaleza de Chile no podía serle indiferente. Así, esta agria potencia antropomórfica de la artista ha convertido en símbolos los árboles quemados por las nevascas patagónicas y por los vientos glaciales que lo modelan a su antojo. Árboles quemados o espinos enloquecidos de sed en tierras de rojo corazón de greda"²¹. Por lo demás, piensa prospectivamente en su ensayo el novelista, que la raza española no se ha caracterizado por los poetas que interpretan la naturaleza. Nuestra misma Colonia fué época ayuna de observadores cuando de líridas

²¹ Mariano Latorre, ob. cit., p. 838.

que pusieran sus ojos en el paisaje, fuera del cronista Alonso de Ovalle y uno que otro más. Nuestro arte del siglo pasado fué pobre en intérpretes de la naturaleza, a pesar de los Rugendas, los Wood y los Smith. La literatura, incluida en ella la poesía de los Sanfuentes, Irisarri, Soffia, Matta, no hizo mucho por, con peculiaridad, expresar nuestra imponente superficie natural. Solamente en la centuria actual se inició el cultivo poético del paisaje, y hoy podemos señalar algunos representantes regionales de esta temática, cuanto los grandes poetas telúrico-metafísicos de aliento nacional.

Más aún que sus metáforas, sus temas y su textura, el *status* de la poética de la Mistral se define por su estilo idiomático. Ya se ha indicado su fuente constantemente mudada por los viajes: su castellano se enriquece de numerosos regionalismos actuales; pero, al mismo tiempo busca lo peculiar de la locución añeja. Con palabras de ella misma se conoce la difícil lucha por adquirir su formación, ya en aquellos años lejanos de su pubertad de Compañía Baja: "Un viejo periodista dió un día conmigo y yo dí con él. Se llamaba don Bernardo Ossandón y poseía el fenómeno provincial de una biblioteca grande y óptima. No entiendo hasta hoy cómo el buen señor me abrió su tesoro, fiándome libros de buenas pastas y de papel fino.

"Con esto comienza para mí el deslizamiento hacia la fiesta pequeña y clan-

destina que sería mi lectura vespéral y nocturna, refugio que se me abriría para no cerrarse más"²². Así leyó a Montaigne, Rubén Darío, Amado Nervo, Lugones. Así, al decir algo sobre González Vera, Premio Nacional de Literatura, "uno de los chilenos más liberados del espíritu y de la letra locales, criollos", le parece a ella que "esta plausible emancipación de lo lugareño en técnica la debemos a sus copiosas y cualitativas lecturas. Desde los veinte años, González Vera leyó con agudo espíritu de selección, al revés de la generación mía que leía *de todo*, al azar y desorientada"²³. Claro está, sin embargo, que en el reino de la exterioridad espaciotemporal, que eso es la Naturaleza, ella no pudo quejarse de haber perdido las disciplinas de lecturas rigurosas y fichadas, puesto que allí demostró cuán fuerte fué para ella el repertorio idiomático adquirido en su rincón de provincia y, un poco más tarde, en sus diferentes destinaciones a lo largo de Chile. El exacto aprendizaje de lo que había de saber para sus versos o de lo que había sólo de sospechar para acicatear sus inspiraciones, lo fué aprendiendo en las cátedras libérrimas de sus viajes por el mundo.

²² Gabriela Mistral: *El oficio lateral*, rev. cit.

²³ Gabriela Mistral: *Algo sobre González Vera*, en *Revista Babel*, Santiago, 3.er trimestre de 1950.